

Un *rally* entre dos bahías: la ruta histórica del *Volkswagen blues*

Laura LÓPEZ MORALES

Universidad Nacional Autónoma de México

La novela *Volkswagen blues* del escritor quebequense Jacques Poulin nos propone un recorrido entre la bahía de Gaspé, en el extremo este de Quebec, y la de San Francisco, en Estados Unidos. El móvil del viaje es dar con el paradero de Theo, hermano de Jack, el narrador. Tan fortuito es el arranque en el museo de la Gaspésie como las siguientes etapas que se van definiendo de acuerdo con las pistas imprevistas que Jack descubre del paso de Theo por suelo canadiense y estadounidense. Los lugares visitados remiten a alguna página de la historia de una importante migración quebequense a lo largo de los siglos XIX y XX, de suerte que el viaje resulta ser una reconstrucción identitaria propiciada por las insospechadas huellas dejadas por los antepasados.

PALABRAS CLAVE: *rally*, identidad, historia, camino, viaje, antepasados, intertextualidad.

The novel *Volkswagen Blues* by the quebecois writer Jacques Poulin is about a trip from Gaspé Bay, at the east end of Quebec, to San Francisco Bay, in the United States. The quest of this trip is finding the whereabouts of Theo, the brother of the narrator, Jack. The beginning in the museum de la Gaspésie is as fortuitous as the next stages which are defined according to the unforeseen clues that Jack discovers in Theo's passage through Canadian and American soil. The places visited are related to some passages of the history of an important Quebequois migration throughout the XIX and XXth centuries, in such a way that the trip turns out to be a reconstruction of identity, prompted by the unsuspected traces left by their ancestors.

KEY WORDS: rally, identity, history, road, trip, ancestors, intertextuality.

[...] será necesario que ese relato épico cobre la apariencia de una alegoría, un relato infiel puesto que estará construido sobre el olvido.

FRANÇOIS PARÉ

Introducción

Según *Le Robert*, el término *rally*, *rallye* o *rallie* (del verbo “rallier”: reunir, agrupar, juntar) es un falso anglicismo que, en su empleo original (1877) en la expresión *rallie-papier*, designaba un “juego ecuestre o pedestre en el que un competidor arranca antes que todos los demás y va dejando papeles en su camino” que sirven como pistas para reproducir el recorrido (Rey, 1994: 1710).

Esta vez no nos interesan ni los avatares semánticos del vocablo en sus desplazamientos entre el francés y el inglés y de nuevo el francés, ni su derivación en la carrera automovilística o en los tés danzantes que, a mediados del siglo pasado, se organizaban para colocar a señoritas casaderas, sino el referente original que remite muy fielmente a las crípticas marcas que Theo fue dejando en su impredecible recorrido de la bahía de Gaspé, al norte de Quebec, hasta la otra bahía, la de San Francisco, a donde su hermano Jack por fin le dio alcance a bordo de la heroica combi azul.

Así pues, nuestro propósito en las siguientes páginas es ver cómo *Volkswagen blues* (1984),¹ de Jacques Poulin (1937), ofrece una multiplicidad de niveles de lectura; entre ellos nos centraremos en tres que apuntan esencialmente a su inscripción en la literatura de viaje, a su rico entramado intertextual y a la preocupación por la cuestión identitaria. Estos planos se entretajan y, desde el punto de vista narrativo, se construyen gracias a una serie de indicios que guían la travesía de los personajes por el norte del continente americano.

Literatura de viaje

Caminante no hay camino,
Se hace camino al andar.

ANTONIO MACHADO

La filiación en la que Jacques Poulin inscribe su novela *Volkswagen blues* (1984) pertenece a un género² que, en la América francesa, inauguró el navegante bretón Jacques Cartier con sus *Viajes al Canadá* (1534-1542//2000). Un acercamiento al entramado intertextual de la novela refuerza esta reivindicación; en efecto, resulta difícil no hacer mención, además del relato fundador de Cartier y de algunas fuentes que citaremos posteriormente, de otro texto de referencia en esta tradición literaria como es *En el camino* (1957) de Jack Kerouac (1922-1969), por cierto también de

¹ Para este trabajo consultamos la edición de Québec / Amérique y nuestra traducción de las citas textuales irá seguida sólo por el número de página de la misma. Existe una versión al español de Antonio Marquet, publicada por Plaza y Janés-Quebec, México 2003.

² Género en el que también se incluyen crónicas, relatos, diarios de viaje, cartas, informes...

origen quebequense. Además de que Poulin evoca expresamente al famoso novelista *beat* (Poulin, 1986: 74, 236-258),³ existen muchos puntos en común entre las dos novelas: para empezar, sus autores llevan el mismo nombre Jack y Jacques;⁴ luego, los protagonistas (el de Poulin también se llama Jack) son escritores; el teatro de sus aventuras en territorio estadounidense es muy parecido y, en fin, ambos tienen un hermano cuyo paradero ignoran.⁵

Antes de proceder a un análisis más detallado de la novela, no está por demás recordar que en la llamada literatura de viaje se conjugan tres instancias capitales: espacio, movimiento y escritura.⁶ Una de las primeras y principales consecuencias de esta convergencia es que el viaje propicia el descubrimiento de la alteridad y, por ende, conduce a la toma de conciencia de la propia identidad, es decir, que el camino exterior conlleva un camino interior, íntimo. Estos procesos de confrontación con el otro y, por lo mismo, de cuestionamiento de lo que cada quien cree ser, se ven particularmente propiciados con los movimientos migratorios entre el viejo y el nuevo mundos. Primero desde Europa, luego dentro del continente americano, el oeste parece haber ejercido una especie de imán que dictó los múltiples desplazamientos, primero de los exploradores, después de las oleadas colonizadoras o de migrantes en tiempos de crisis económicas y de guerra, es decir, en busca de la tierra prometida. En *Les explorateurs de l'Amérique du nord, 1492-1795* se nos dice: “además de los factores de expansión económica [...] otros impulsos incitaban al descubrimiento de un espacio desconocido: [...] la esperanza de encontrar un día [...] el paraíso perdido” (Litalien, 1993: 21). En el caso concreto de Quebec, sobre todo en el siglo XIX y aun en el XX, la carestía y el desempleo contribuyeron a la sangría demográfica que expulsó de la provincia sus excedentes de desocupados hacia los centros neurálgicos de desarrollo industrial de Estados Unidos, particularmente las regiones aledañas a los Grandes Lagos o por la llamada ruta de Oregon⁷ a la que, por cierto, además de dedicarle el capítulo 18 de la novela, Poulin alude en varias ocasiones a lo largo del libro.

³ En adelante, las citas de la novela tema de nuestro análisis sólo irán seguidas por el número de la página correspondiente.

⁴ Por cierto, igual que el mismo Cartier.

⁵ Al respecto, Sal, el narrador de Kerouac, confiesa que Dean, su compañero de ruta, le recuerda “a un hermano perdido hace tiempo” (2000: 18), mientras que en el caso de Jack Waterman, el protagonista de Poulin, es Theo, ese hermano desaparecido veinte años atrás y detonador de su largo peregrinaje. Pero más que estas coincidencias, la presencia de Kerouac en la novela de Poulin entraña un gran peso simbólico pues en los archivos de la policía de Toronto obra una ficha sobre Theo, acusado de posesión de arma de fuego y en el inventario de sus objetos personales aparece un ejemplar de *On the road* (74). Todavía más, uno de los personajes interrogados acerca del paradero de Theo asegura haber conocido a Kerouac en los alrededores de Denver.

⁶ Al respecto, Ottmar Ette considera que los viajes también pueden ser vistos como “movimientos del entdimiento en el espacio” (Ette, 2001: 51).

⁷ En ese marco se ubican las experiencias analizadas por François Paré en *Le fantasma d'Escanaba*, población situada en la región de Michigan (Paré, 2007: 27-28). En su estudio de la diáspora quebequense hacia territorio estadounidense, este académico presta atención a las inquietudes e interrogantes contenidas en la novela de Poulin.

Al hablar de identidad quebequense suele plantearse una paradoja cuando, por un lado, se evoca el apego a la tierra, a las tradiciones, a los valores-refugio que la literatura del terruño⁸ encarnó, defendió y propagó y, por el otro, se subraya la incuestionable vocación itinerante y exploradora de los colonizadores franceses que, como meros *coureurs de bois*⁹ o como migrantes, dejaron su huella a lo largo y ancho de Canadá y de Estados Unidos. Ahora bien, si la literatura del “terruño” corresponde más bien a una sensibilidad sedentaria, costumbrista y tradicionalista, en el otro caso, el perfil de los descendientes de los *coureurs de bois* apunta más a la estética novelesca de las “road novel”, en la que inscribiríamos *Volkswagen blues*.¹⁰ Para Anne-Marie Miraglia:

La novela del terruño predicaba el agriculturismo, la fidelidad a la lengua, a la fe y a los orígenes de los antepasados franceses con el fin de contrarrestar dos tendencias a la dispersión que ponían en peligro la sobrevivencia nacional. En primer lugar “el llamado del indio, del bosque, de la exploración, del territorio continental” y, luego, “el llamado de los Estados Unidos, de la democracia a la americana, de la productividad vinculada con las posibilidades de ascenso social. El canadiense francés sedentario fue por tanto valorizado a expensas de su hermano *coureur de bois*...” (Miraglia, 1993: 182).

El punto de arranque de ese recorrido imprevisible entraña una gran carga simbólica puesto que conjunta, en la Gaspésie, dos elementos capitales de la presencia francesa en América: el histórico y el espacial convergentes en la figura de Jacques Cartier. La postal que Jack conserva como única pista de su hermano lleva inscrito un fragmento

⁸ Ya en *La Terre paternelle* (1846) de Patrice Lacombe, la exaltación del arraigo a la tierra y a las tradiciones aparece como uno de los principales rasgos identitarios del pueblo franco-canadiense; esta tendencia literaria se prolongará durante el siglo XX con *Marie Chapdelaine* (1916) de Louis Hémon, *Un homme et son péché* (1933) de Claude-Henri Grignon y *Menaud maître-draveur* (1936) de Félix-Antoine Savard, por sólo citar algunos de los principales títulos que consolidaron esta vena novelesca.

⁹ Las connotaciones vinculadas con esta expresión y, sobre todo, con el personaje así denominado variaron considerablemente desde su aparición en el siglo XVII. De manera sucinta mencionaremos aquellas asociadas a la figura que en el imaginario canadiense remite a quienes se aventuraban en las grandes extensiones boscosas para comerciar con los amerindios pieles y maderas. Su conocimiento de esos pueblos, de sus costumbres y del territorio los investía de un cierto poder frente a los representantes de la monarquía francesa, lo que los convirtió en especies de intérpretes. También llegó a considerárseles como meros viajeros, aventureros, asociales, indeseables. Sin embargo, jugaron un papel capital en el comercio peletero que constituyó la principal fuente de recursos exportados a Europa por la Compañía de las Indias Occidentales (Poirier, 1998, 216-222). Este personaje encarna igualmente el anhelo de libertad (ver Lafleur, 1973: 29-30). Poulin recuerda que Étienne Brûlé inauguró esta tradición (66).

¹⁰ Los límites de la ficción “nacionalista” del tipo de la novela del terruño (Lacombe, Savard, Grignon) empiezan a ser rebasados cuando los escritores se atreven a abandonar el “ombiliguismo geográfico y temático” y deciden salir a ver y a hablar de lo que sucede fuera de sus fronteras y de su propio devenir. Además este quiebre se acentuó a raíz del incremento de los flujos migratorios en territorio canadiense pues el pueblo quebequense se vio inevitablemente confrontado a nuevas alteridades que, por fuerza, relativizaban el monolitismo de la propia identidad. En abono a esta transición, podemos citar dos declaraciones del propio novelista: “Hay que salir de Quebec [...] porque considero que la literatura quebequense permaneció mucho tiempo replegada en sí misma” (Soulié citado por Michaud, 1992: 374).

de la crónica del explorador bretón y fue enviada desde ese lugar. Así, otros textos convertidos en indicios van dictando la ruta que Jack emprende, a principios de mayo, desde la bahía del Atlántico y que culminará en el Pacífico en la de San Francisco, al final del verano.

Las casualidades se encadenan: al principio, el azar del encuentro con Pitsemine, apodada la Gran Saltamontes, lo conduce inesperadamente a la siguiente pista: el texto de Cartier está amplificado en un cartel dentro el museo de Gaspé donde trabaja la madre de la chica; una vez que la mujer los ayuda a despejar esta primera incógnita, el espíritu detectivesco¹¹ que se apodera de los dos viajeros los lleva a descubrir en el registro de visitantes el nombre de Theo, quien, en el espacio correspondiente al domicilio de procedencia, inscribió: San Luis Missouri. No es de extrañar entonces que este dato decida el destino de los personajes.

Como son muchas las etapas del periplo que empieza en este punto, resulta imposible mencionarlas en su totalidad, pero sí referiremos las dos siguientes porque refuerzan la pauta sugerida en nuestro planteamiento inicial: la superposición del desplazamiento en el espacio y en el tiempo o dicho de otro modo: el recorrido geográfico de los personajes entraña simultáneamente un viaje por la historia de los antepasados trashumantes. Así pues, al dejar Gaspé con la intención de dirigirse a San Luis Missouri, los personajes hacen una parada en Quebec para los preparativos de viaje; mientras tanto el nombre de la ciudad estadounidense trae a la memoria de Jack sus viejos manuales escolares en los que se narraban las primeras exploraciones francesas en el continente (27). Mientras la combi es objeto de las necesarias revisiones mecánicas, el protagonista compra los mapas de carreteras y consulta algunos libros relacionados con su plan de viaje. Uno en particular: *La pénétration du continent américain par les Canadiens français* de Bénédict Brouillette, refuerza su intuición. En efecto, en él se habla de las incursiones de los *coureurs de bois*, también llamados viajeros, por esas latitudes y además se menciona que San Luis Missouri era uno de los principales puntos de intercambio con los amerindios: “Pero todos saben que los puntos de trata estaban ubicados a lo largo de los ríos... entonces no fueron utilizados únicamente para el comercio de pieles: también sirvieron como puntos de partida para toda clase de expediciones” (44). Estas consideraciones surgen al comenzar el viaje, pero al término de éste, después de haber ido hilando las trazas encontradas en el camino, reconstruyen el verdadero sentido de su aventura:

Habían partido de Gaspé, donde Jacques Cartier había descubierto Canadá, y habían seguido el río San Lorenzo y los grandes Lagos, y luego el viejo Mississippi, Padre

¹¹ Muy pronto, la compañera de viaje de Jack comprende el carácter impredecible y casi enigmático del recorrido que emprenderán; la naturaleza de las pesquisas realizadas le hacen pensar en el célebre Watson. En efecto, la enorme perspicacia y gran capacidad de deducción de Pitsemine le permiten proceder a lo que llama *cross checking* (72) y así encadenar los detalles de sus progresivos hallazgos para orientar su búsqueda. Así, el espíritu de la novela tiene mucho de policiaco debido a la enorme carga de suspenso que de una etapa a otra caracteriza el viaje en pos de Theo.

de las Aguas, hasta San Luis, y después habían tomado la Ruta del Oregon y, siguiendo la huella de los emigrantes del siglo XIX que habían formado caravanas para ir en busca del Paraíso Perdido con sus carretas jaladas por bueyes, habían recorrido las grandes llanuras, franqueado la línea divisoria entre las aguas y las montañas Rocallosas... (255-256).

El vínculo entre la historia real y la ficción queda de manifiesto en estas líneas, como François Paré lo subraya muy acertadamente al abordar el tema en relación con las novelas de Kerouac y de Poulin. Lo que él llama la “literatura de la huella”, a pesar de sus lagunas, contribuye al rescate de la historia imaginaria de la diáspora quebequense.

En el caso de Poulin, la lógica del desplazamiento remite en cierto modo a la necesidad de construir “el relato épico de la comunidad desplazada” bajo la forma de una alegoría (Paré, 2007: 129). La trayectoria de los movimientos trashumantes vincula lugares improbables como los que Jack Waterman y Pitsemine van tocando y “ligando” como en un *rally*.

Bifurcaciones textuales: historia y literatura

[...] un imaginario del camino, una innegable identificación de los personajes con el espacio y una búsqueda iniciática de la memoria.

FRANÇOIS PARÉ

Resulta importante subrayar que, con frecuencia, el relato de viaje es analizado sobre todo desde su perspectiva referencial y extralingüística; sin embargo, entre otros muchos enfoques sugeridos por la polisemia del texto cabe apuntar la posibilidad de una ficcionalización literaria interna al propio texto. Si el viaje del Volkswagen ocurrió o no, poco importa; para efectos del análisis, la novela de Poulin se comporta como un relato de viaje en cuyo tejido polisémico y polifónico se superponen las marcas referenciales con las ficcionales, las históricas, las geográficas, las discursivas, etcétera. Los niveles intertextuales corren en dos direcciones principales: los históricos (Jacques Cartier, 19; Joseph-Camille Pouillot, 22; Benoit Brouillette, 44; Timothy Severin, 123, y Jean-Louis Rieupeyrou, 144, entre otros)¹² y los literarios (de tradición anglófona lo mismo que francófona: Saul Bellow —quien “convive” con los personajes de la novela— 107-110; Ernest Hemingway, 42; Carson McCullers, 195; Jacques Kerouac, 74, 236-258; Jack London, 234; o Gabrielle Roy, 42; Rejean Ducharme, 42; Boris Vian, 42; Louis Aragon, 98, y muchos más).¹³

¹² En relación con la diáspora quebequense.

¹³ Aquí tendría igualmente cabida un capítulo concerniente a la intertextualidad que se teje con la presencia de canciones, empezando por el título de la novela que corresponde a un blues compuesto en 1966,

De esto se desprende una poética del texto que describe un viaje pero, sobre todo, que se construye gracias a los fragmentos (históricos y literarios) de otros viajes con los que coincide. Así se teje un concierto de recorridos iniciáticos que no obedecen a un plan determinado sino que se van decidiendo, como se mencionó en el apartado anterior, en función de las pistas de cada etapa del *rally*.

Ante la dificultad de hacer un análisis pormenorizado de cada uno de esos niveles, al menos podemos señalar que en recorridos paralelos al que Jack Waterman describe entre las dos bahías, se van trenzando los caminos abiertos por los exploradores y aventureros que, en diferentes momentos de la historia, hollaron el norte del territorio americano. En efecto, Jack, movido por el deseo y la necesidad de dar con el paradero de Théo, emprende la búsqueda del hermano sin saber adónde lo llevarán las pistas que cada nueva etapa le va sugiriendo y, en ese paulatino descubrimiento, reconstruye las rutas abiertas por sus antepasados animados por el sueño de la tierra prometida.

Y, como se expuso en el apartado anterior, resulta particularmente significativo que el primer capítulo de la novela lleve por título el nombre de Jacques Cartier. A este respecto, no está de sobra recordar que durante por lo menos tres siglos este explorador francés, que ganó para la Corona de François I los vastos territorios de la Nueva Francia, estuvo confinado a un relativo olvido. Sin embargo, todo pueblo amenazado de desintegración recurre a figuras de referencia que promuevan la admiración, cohesión y solidaridad en torno a los valores que encarnan. Los mitos, como construcciones sociales que traducen los anhelos de una comunidad, juegan ese papel y sobre todo expresan los deseos de justificación de una identidad. Es así como los historiadores franco-canadienses del siglo XIX se empeñaron en rescatar y resignificar en un registro casi apologético las hazañas de los primeros exploradores franceses en el norte del continente. La recuperación de dichas figuras, en cuya tradición habría que inscribir a los ya mencionados *coureurs de bois*,¹⁴ es resultado de los ánimos nacionalistas exacerbados a raíz de los episodios de 1837-1838¹⁵ y, por lo mismo, persiguen la afirmación de una identidad en peligro de desaparición.

Tanto o más que cualquier otro texto narrativo, en *Volkswagen blues* los ejes del tiempo y del espacio están intrínseca e indisolublemente ligados. A medida que Jack y Pitsemine avanzan en su periplo, cada etapa conlleva asociaciones que remiten a tiempos pasados, lo mismo a la llegada de Jacques Cartier, que a los flujos migratorios franco-canadienses de los siglos XIX y XX. Cada paraje, cada ciudad lleva la marca de alguien que contribuyó a construir la historia y la identidad de ese lugar y de sus

por Scott of the Sahara. Luego, también relacionada con los viajes: “un canadien errant” (100). En fin, Georges Brassens (98), lo mismo que Yves Montand (246) y toda una pléyade de cantantes *country* que amenizan las largas horas de carretera.

¹⁴ Ver nota 5, p. 3.

¹⁵ Aunque larvadas desde años anteriores, en esos años se producen serias divergencias legales entre las comunidades inglesa y francófona que desembocan en levantamientos populares de esta última, apagados por las fuerzas armadas. Estos episodios exacerbaban los ánimos patriotas de la población de Quebec.

habitantes.¹⁶ Por demás pertinente resulta la mención de que Théo, digno heredero de los *coureurs de bois*, era historiador y en sus múltiples correrías por el norte del continente debe haber tenido muy presente la necesidad de ubicar las marcas diaspóricas de sus antepasados francófonos.

Búsqueda de la identidad

Por el sesgo de los vínculos diaspóricos fue posible abrirse a la diferencia así como a una conciencia identitaria [...] fundada en el territorio...

FRANÇOIS PARÉ

Algunos estudiosos de la obra de Poulin¹⁷ han hecho especial hincapié en la obsesión identitaria que recorre la narrativa del escritor quebequense. En efecto, los diferentes planos del viaje descrito por la novela que analizamos se despliegan en otros tantos niveles concernientes a la búsqueda de la identidad. Para el protagonista, está muy presente la preocupación por su vocación como escritor, en la medida en que al atravesar por un cierto periodo de esterilidad (42-43) espera que esta aventura le sugiera un tema para su próximo libro. En cuanto a la filiación familiar, al igual que los dos hermanos que Kerouac pone en escena, Theo representa una suerte de *alter ego* de Jack Waterman, y cada uno lleva la marca ya sea de ese espíritu rebelde, de esa vocación errante heredada de los antepasados en cuya búsqueda salió, mientras el otro encarna el apego a las tradiciones, también recibidas como legado ancestral y que hasta entonces le han dado sentido a su existencia. Todo esto lo lleva a preguntarse acerca de la verdadera naturaleza de sus vínculos o de si sólo estaba aferrado a una imagen: “me parece que más vale no volver a ver a mi hermano... acepté esta idea tan rápido que... ahora me pregunto si amaba realmente a Theo... Tal vez sólo amaba la imagen que me había forjado de él” (289).

Así pues, un plano ya abordado líneas atrás concierne al descubrimiento de las huellas dejadas por los emigrantes franco-canadienses en tierras estadounidenses que lo obliga a replantearse la naturaleza de sus raíces culturales. De este modo, si bien la travesía le va develando progresivamente la añeja presencia de sus antepasados en los territorios recorridos y, además, sus propios vínculos con la cultura estadounidense,¹⁸ es claro que frente a la nostalgia de su origen no puede menos que reconocer que la identidad no es un constructo monolítico y dado de una vez por todas, sino algo en permanente formación y más bien la confluencia de múltiples pertenencias.

¹⁶ Los intertextos históricos son particularmente reveladores de esta dimensión.

¹⁷ Anne Marie Miraglia, Ginette Michaud, Jean-Pierre Lapointe y Pierre L'Hérault, entre otros.

¹⁸ El entramado intertextual lo prueban prolijamente.

Este carácter híbrido es el que, por último, pondrán de manifiesto las reflexiones de su compañera de viaje. Ya en líneas anteriores se señaló que Pitsemine era hija de un blanco y de una amerindia montañesa; a menudo Jack parecía no tener muy presente tal detalle pues, al evocar con orgullo y admiración las hazañas de los exploradores y colonizadores franceses dando por sentado que la chica compartía tales expresiones, ésta se deslindaba como si se sintiera agraviada por la confusión: “Cuando usted habla de los descubridores y exploradores de América... Yo, no tengo nada en común con la gente que vino en busca de oro y de especias y un paso hacia el Oriente. Yo estoy del lado de aquellos a quienes robaron sus tierras y su modo de vivir...” (28).

Tal parece que la peregrinación de los protagonistas de Poulin repite “el universo dislocado de la huella” (56), en tanto que cada pista dicta provisional pero progresivamente el rumbo a seguir. La argumentación de Paré para sustentar su idea del imaginario diaspórico parece convenir muy bien a las aventuras de los viajeros del Volkswagen; de hecho, incorporadas a la trama principal, las referencias intertextuales a los antepasados que abrieron brecha en esas vastas extensiones, a los pioneros que surcaron esos espacios en busca de la tierra prometida, ilustran con elocuencia esa vocación trashumante.¹⁹

En la misma línea de reflexión, Paré añade que “en esos universos diaspóricos, el espacio se superpone al tiempo, o más bien lo estructura con los datos del alejamiento y de la distancia” (Paré, 2007: 124). Esta percepción es clave para la comprensión del sentimiento de continuidad/ruptura de las marcas identitarias, de los móviles de la errancia de los quebequenses que emigraron hacia Estados Unidos y al resto de Canadá. La peregrinación de Jack en busca de Theo recupera y reconstruye, en buena medida, la red de rutas descritas por las diferentes oleadas diaspóricas hacia el oeste del continente.

Conclusión

¿Cuál es el balance de la aventura de Jack en pos de Theo? Si bien él no trata consciente y abiertamente de emigrar, su búsqueda traduce más bien la necesidad de entender quién es él en tanto que individuo perteneciente a una comunidad determinada, a un pueblo que ha luchado a través de los siglos para defender su identidad. El desplazamiento se traduce en una suerte de experiencia iniciática gracias a la cual logra reconstruir los fragmentos dispersos de la historia de un pueblo aferrado sí a sus raíces, a su tierra, pero también dispuesto a la trashumancia y que debe aceptarse como mestizo (130).

¹⁹ Por cierto, Paré hace extensivo este rasgo a todo Canadá y Estados Unidos al grado de que en este país se creó el Centre for Migration Studies (Paré, 2007: 16). La actual dinámica demográfica impone, en efecto, un análisis serio desde la academia, como en su momento se hizo con los estudios de género, culturales, poscoloniales, etcétera.

Obras citadas

- CARTIER, Jacques. 2002. *Voyages au Canada suivi du Voyage de Robert Roverbal*. Montreal: Lux Éditeur.
- ETTE, Ottmar. 2001. *Literatura de viaje, de Humboldt a Baudrillard*. México: UNAM / Servicio Alemán de Intercambio Académico. (Col. Jornadas)
- KEROUAC, Jack. 1989 [1957]. *En el camino*. Trad. de Martín LENDÍNEZ. Barcelona: Anagrama. (Col. Compactos, 10)
- LAFLEUR, Normand. 1973. *La vie traditionnelle du coureur de bois aux XIXe et XXe siècles*. Ottawa: Léméac.
- L'HERRAULT, Pierre. 1989. "Volkswagen Blues: traverser les identités". *Voix & Images*, 43, otoño. Montreal: Universidad de Quebec en Montreal. Pp. 28-50.
- LITALIEN, Raymonde. 1993. *Les explorateurs de l'Amérique du Nord, 1492-1795*. Quebec: les Éditions du Septentrion.
- MIRAGLIA, Anne Marie. 1993. *L'écriture de l'autre chez Jacques Poulin*. Quebec: Les Éditions Balzac.
- MORIN, Michel. 1982. *L'Amérique du Nord et la culture. Le territoire imaginaire de la culture, tome II*. Quebec: Hurtubise HMH.
- PARÉ, François. 2007. *Le fantôme d'Escanaba*. Quebec: Éditions Nota Bene / CEFAN.
- POIRIER, Claude. 1998. (Dir. Equipe du TLFQ.) (1998). *Dictionnaire historique du français québécois*. Quebec: Les Presses de l'Université Laval.
- POULIN, Jacques. 1984. *Volkswagen Blues*. Montreal: Québec / Amérique.
- REY, Alain. 1994. *Dictionnaire Historique de la Langue Française*, vol. II. Paris: Dictionnaires Le Robert.
- ROY, Gabrielle. 1996. *Fragiles lumières de la terre, écrits divers 1942-1970*. Montreal: Les Éditions du Boréal.